

SANCHO PARDO DE DONLEBÚN Y LA MELANCOLÍA DEL OLVIDO

Empezaré como un pirata, con una incursión rápida en nuestra conciencia colectiva que probablemente conseguirá que alguno no se duerma: Abro comillas para citar: “Todavía no se ha levantado en Puerto Rico una estatua al general Sancho Pardo Osorio por su memorable hazaña; y en su villa natal, Castropol, se ha erigido una estatua a un marino, nacido en ella, derrotado en Manila por los norteamericanos, como si en España se honrara más a los derrotados que a los victoriosos generales”. Para comprobar que lo segundo es cierto, basta con salir a la calle. Lo primero lo pude ver en Puerto Rico, cuando fui a presentar la novela rodeado de profesores de historia que ni siquiera recordaban a Sancho Pardo de Donlebún, salvo como un pequeño nombre, casi a pie de página. Pero volvamos a la cita: quien esto escribía en mayo de 1990, año y medio antes de su muerte, era el Cronista General de Galicia, Emilio González López, un historiador que, como se ve, tiraba con bala. Y un poco indiscriminadamente, la verdad. Tal vez su andanada sea desproporcionada, y no tengo opinión sobre la segunda parte de su comparación. Pero sí sobre la primera, que comparto con él: cómo ha podido ser tan olvidado el marino de Donlebún que derrotó a Drake, al Draque, al Dragón de Siete Velas que azotó al Imperio Español, allá en mares remotos, pero también en nuestras costas más cercanas y familiares. Cómo puede ser tan ignorado, tanto en Puerto Rico como en su patria chica. Es más curioso aún: en efecto, no hay monumento alguno por aquí a Don Sancho, mientras que pervive alguna obra civil en memoria de Drake, el derrotado: así, parece que la defensa del muelle en Puerto de Vega es resto del testimonio del miedo pavoroso de nuestros antepasados al corsario inglés. En contraste, mientras aquí se ignora a quien acabó con Francis Drake, en Coruña sí, se recuerda de una y mil maneras a María Pita, que siete años antes le había derrotado, también estrepitosamente. Las victorias de María Pita y Sancho Pardo Osorio, las dos derrotas consecutivas de Drake, deberían estar unidas en las páginas de la historia, porque en esencia son dos capítulos sucesivos de la caída y muerte del mítico corsario inglés. Pero no lo están. No ya una estatua, ni siquiera una calle, ni en Castropol, ni en Figueras, ni en Donlebún siquiera. Ni de Don Sancho, ni tampoco de Don Gonzalo Méndez de Cancio, que mandaba en las baterías que hundieron parte de la flota del Draque en la Bahía de Cabrones, y que se llevó con una certera andanada la vida del pirata John Hawkings, el primer esclavista que abrió las rutas del tráfico de ébano humano desde

África hasta América. Ni Don Sancho, ni Don Gonzalo. Drake sigue siendo para Inglaterra “El Héroe”, y su efigie está en muchas de sus plazas, en Tavistock y en Londres. Sancho Pardo y Gonzalo Méndez de Cancio, por el contrario, siguen siendo los ausentes. De ahí la irritación de Emilio González López, que se resistía a aceptar que se recordara y glorificara al perdedor, y se ignorara al triunfador. O es que tal vez ni siquiera es así. Volveré a hablar hoy de Emilio González si es preciso, y también si no lo es, porque para mí, el autor de “Siempre de Negro” está ya dentro del complejo tejido humano que me llevó a escribir, un día, un libro sobre un marino que mató de melancolía a un pirata, al Pirata, al más dañino, al más audaz, al más temido.

No se trata de una pequeña historia, ni menos aún de una simple anécdota histórica. El suceso pertenece a la Gran Historia, porque Francis Drake personificaba mundialmente la pugna entre el naciente imperio británico y el agonizante imperio español. La muerte de uno de los actores principales en un drama de tales dimensiones no puede ser ignorada. Menos aún cuando de alguna manera el fracaso de Drake y Hawkins en Puerto Rico es casi la revancha de la derrota de la Armada Invencible. Desde el desastre del intento de invasión de Inglaterra, se hizo evidente que la flota española estaba anticuada, y se había iniciado una modernización en los astilleros españoles. Las fragatas inglesas dejaron de ser netamente superiores, y lo ocurrido en Puerto Rico fue no solo un síntoma, sino una constatación. Y cuando fui consciente de ello, y de que, por si fuera poco, el otro actor, el que le derrotó definitivamente era mi propio antepasado, sentí que pasaba a través de mi mente, de mi corazón, y por fin de mis manos, una especie de corriente eléctrica, o tal vez debería decir una potente corriente humana.

Mi madre solía decir que su tía Mariana, en su juventud, a principios del siglo pasado, tardaba once días en viajar desde Madrid hasta Figueras. Le encantaba desgranar las etapas de ese viaje: “Siete días en diligencia desde Madrid hasta Oviedo, tres días también en diligencia hasta Lluçanet, y uno en caballería hasta Figueras, porque el camino ya no lo podía recorrer la diligencia.” Toco con los dedos de mi memoria y de mi corazón los dedos mi madre, como ella tocaba con los suyos los de su tía Mariana. Una cadena que cualquiera de nosotros puede repetir, y que nos abisma en el pasado, y aunque aún no sepamos en cuál, también en el futuro; eso somos: breves momentos del largo género humano. Puesto que por las yemas de los dedos, de unos a otros, podemos

lograr vivir nuestra historia no cuando sucedió, sino mientras todo sucede. Ese misterio somos también.

Hace ya casi diez años, en la presentación de la novela, “Yo, que maté de melancolía al pirata Francis Drake”, en Oviedo, José Luis Pérez de Castro me sorprendió al decir que Sancho Pardo de Donlebún fue mi duodécimo abuelo. ¿Cuánto ocuparíamos doce hombres si nos cogiéramos de la mano, por más que extendiéramos los brazos? ¿24 metros? En 24 metros cabe una estirpe entera, y si el primero da un fuerte tirón, este llega hasta mí, el último de la fila, en el mismo instante. Borroso tal vez, desdibujado por la humedad del tiempo, pero en el mismo instante.

Pero para llegar hasta aquel instante, para restaurar el fresco de lo que entonces sucedió hacía falta más humanidad, mucha más. Evoco ahora el impulso, la chispa que me hizo escribir la novela. Y que no tuvo a otro agente que el propio José Luis Pérez de Castro. Él entonces era ya un historiador, erudito, bibliófilo, casi “bibliófago”, mientras que yo no era más que un joven despertando a la vida. Vivía en Valencia, y todo lo que me remitiera a Figueras y a la Ría del Eo se transformaba en un ataque de nostalgia. Aquel día, alguien me llamó para decirme que estaban dando en la segunda cadena un documental sobre Castropol.

Me voy a detener un minuto en ese instante de 1986. Dice la moderna física cuántica que sí, que existe el futuro. Solo que a cada instante se abren miles, millones de alternativas, de futuros posibles. El futuro existe entre un sinfín de posibilidades. Y quiero llamar su atención sobre ese “alguien” que ni siquiera recuerdo, o del que no estoy seguro. Si no me hubiera llamado, posiblemente no estaríamos aquí hoy, porque ni siquiera hubiera nacido en mí la idea de esta novela, o no al menos de la misma forma. O si yo no hubiera escuchado el teléfono, o si la llamada no hubiera sonado a tiempo.

Porque cuando encendí la televisión, exactamente en aquel instante, José Luis Pérez de Castro estaba en la pantalla. Detrás de él, la portada de las Torres. Escuché al historiador decir entonces que detrás de él, en aquella casona almenada, que era escenario de buena parte de mi infancia, nació y creció Sancho Pardo de Donlebún, o Sancho Pardo Osorio, o Sancho Pardo das Figueiras, o Sancho Pardo el Viejo, que fue general, y almirante, y... “mató de melancolía al pirata Francis Drake”.

Así lo dijo, dejando en mi alma un resplandor, una conmoción cuyo eco aún no se ha extinguido. Décadas más tarde, algún lector de los miles que pueblan internet, puso en su lista de títulos de novela más hermosos el que de inmediato, un ya muy lejano día, nació en mi mente: “Yo, que maté de melancolía al pirata Francis Drake”. Porque en aquel momento, gracias a la llamada del olvidado “alguien”, sentí el tirón del que antes hablaba, el tirón del primero de esa estirpe, que llegaba hasta mi mano a través de la de mi madre, como a ella a través de la mano de la suya, la abuela Rosario, y a ella a través de la mano de su padre, y así, todo en el mismo instante, hasta don Sancho. Ese es también el mayor milagro de la literatura, o si no el mayor, al menos uno de los más hermosos: si alguien leyera esta noche el libro, haría que el tiempo desapareciera. Lo escribí hace más de diez años, pero lo que ese lector leyera anularía el efecto del tiempo, y estaría su corazón latiendo al unísono con el mío, en el mismo instante en el que lo escribía. Del mismo modo, cuando escribía la novela, sucedía lo que contaba. Afirmaba hace un par de meses en Ecuador un escritor peruano, Javier Arévalo, que los novelistas contamos mentiras para descubrir la verdad. No siempre, tal vez, o no todos, pero eso es exactamente lo que siento: que cuando escribía esta historia inventaba, pero que al hacerlo me acercaba a la verdad, si no histórica del todo, sí por lo menos vital.

Cuando le pregunté a mi madre por aquel antepasado que había matado de melancolía al pirata, ella me dijo que su padre, mi abuelo Leopoldo, había deseado escribir una biografía del almirante, fascinado también por su poco conocida hazaña: haber derrotado, definitivamente, hasta su muerte pocos días después, al pirata más famoso y temido de cuantos armó la corona británica. No pudo, porque al estallar la guerra civil, el abuelo Leopoldo se llevó a Valencia todos los documentos sobre Don Sancho que tenía el archivo de la Casa Pardo en Figueras, pensando que Valencia sería pronto del bando nacional. Se equivocó, para su desgracia, y si hubiera dejado los documentos en Figueras, seguro que alguien, o él mismo, habría escrito la biografía. Nunca lo sabremos, porque Leopoldo Trenor murió poco después, tal vez también de melancolía. Los documentos fueron pasto de las llamas en un asalto a su casa en Valencia, en la calle Sorní. Y en humo se convirtió la mayor parte de los datos que hubieran dibujado una biografía mucho más precisa de Sancho Pardo. Incluso puede que hubiera entre ellos una carta de Felipe II, o de alguno de sus ministros, cuando casi en el final de sus días, amargado por las derrotas y el mal siglo de España, en su territorio y en el antiguo imperio, recibió el consuelo de la noticia de la derrota de Drake

en Puerto Rico, y poco después la de su muerte frente a las costas de Panamá. Una de las pocas buenas noticias que Felipe II tuvo en el ocaso de su vida y del Imperio heredado de su padre. Fuera como fuera, en la combinación de la preciosa frase de Pérez de Castro, todo un hallazgo, y la tristeza de mi madre contándome aquello, nació la idea de continuar el trabajo de Leopoldo Trenor.

Aquel mismo verano, un mes después, mi madre me presentó en la plaza de San Feliz (cuando aún era una plaza humana, habitable, antes de que pasara por ella el rodillo de la modernidad, el espanto de las “Plazas Duras”, cuando aún vivía Galatea y charlábamos con Alejandro en su tienda), al tío Pepe Fernández Arias. Mi madre nos dijo a los dos que cada uno de nosotros estaba intentando escribir la biografía de aquel marino, que fue mi duodécimo abuelo, y el décimo o undécimo de su mujer, y nos sugirió que aunáramos esfuerzos. Y lo hicimos, con la ayuda de todo el trabajo previo que Pérez de Castro había hecho, rescatando los pocos documentos que habían quedado en el archivo de los Pardo de Donlebún. Entre ellos uno básico, la biografía que su propio hijo trazó de él para solicitar la Orden de Santiago. Nadie como Pérez de Castro ha tratado de sacar a la luz de la historia la biografía de Sancho Pardo. Y creo que eso mismo fascinaba a José Fernández-Arias, que había visto a lo largo de su vida cómo los oportunistas se hacían con títulos y prebendas por mucho menos, por apenas nada. Sancho Pardo de Donlebún tuvo una vida llena de éxitos. Condujo a Don Juan de Águila hasta Bretaña en una navegación llena de audacia e inteligencia propia del mismo Francis Drake, fue Gobernador de la Habana, cartografió las costas de Cuba y las Bahamas, General de Galicia, Almirante de la Flota Real, constructor de urcas en La Linera que navegaron en la triste Armada Invencible. Tanto hecho en vida, y tan poco recordado en la Historia. Hermoso ganador en vida, más hermoso aún en el olvido, un hermoso perdedor, uno de tantos brillantes ausentes de la Historia. Muerto una vez, no se sabe dónde ni cómo, y muerto otra vez por la melancolía del olvido.

Mientras José Fernández-Arias reemprendía su investigación en los archivos navales de Madrid, ambos seguíamos con la ilusión de poder escribir juntos la biografía del Almirante das Figueiras. Pero llegó la muerte, y se llevó al tío Pepe cuando estaba a punto de cumplir los cien años, y dejó a la Ría un poco más huérfana, y a Don Sancho sin el tenaz investigador. Y a mí sin biografía, porque un novelista debe ser capaz de saber cuáles son sus limitaciones. Y que eran las de unos pocos datos que, en esencia,

no ocupan más de un par de folios. Por si fuera poco, el hijo de Sancho Pardo también llevó su mismo nombre, también fue Almirante, y también se encargó de transportar la plata desde América hasta España. En muchos libros, y sobre todo en entradas de enciclopedias ambas figuras aparecen confundidas, y en efecto, ni siquiera conocemos con exactitud cuándo y dónde murió Sancho Pardo el Viejo. Pocos datos, muchas confusiones. La única alternativa que queda, cuando faltan los datos, es la novela.

Por aquel entonces yo ya me escribía con Emilio González López, Cronista General de Galicia, pero que entonces, a poco menos de dos años de su muerte, vivía en la calle 57 de Nueva York, y era Catedrático en la Universidad de la misma ciudad. Historiador, pero ante todo hombre, hombre apasionante y apasionado. Por ser, hasta fue espía de la República en la Europa de los albores nazis. Ornitólogo aficionado, observó a los gorriones de Central Park hasta distinguir quince razas distintas, y en memoria de esa paciente dedicación uno de los robles del parque lleva su nombre: el *Emilio González Tree*; al menos él tiene a quien le recuerde, y seguro que prefiere un *carballo* que brota cada primavera y se llena de nidos de gorriones que una estatua fría. Las cartas de González fueron deliciosas, fecundas. En ellas me hablaba del hermoso topónimo Donlebún, resto, según él, de las inmigraciones bretonas, emparentado con *London*, *Donegal*, y otros. Y de la injusticia histórica acerca de Don Sancho, por no hablar de la falta de datos. El mismo Emilio González creía que era nieto de Pardo de Cela, cuando en realidad era sobrino por parte de madre. Pero errores al margen, la obra de Emilio González me hablaba de una España lúgubre que se fue convirtiendo en friso de fondo de la novela, que tan sombríamente dibujó en “Galicia, siempre de Negro”. Una España que se me reveló terrible, asolada por epidemias y pestes, hambrienta, endeudada, yerta de frío, una España abocada a la emigración y a la rapiña en tierras americanas. La España de los Austrias, a la que iba a servir don Sancho, y a la que Inglaterra odiaba. Fernández Arias y Emilio González me dieron, queriendo y sin dejar de quererlo, la clave de la historia, por inventada más real aún, de Jovino, el joven hermoso, casi angélico, que surge de la miseria en España y sirve a los dos marinos, que sufre el dolor de la muerte de su amigo ahorcado por Drake, y el de la muerte de su amada mestiza, Ginebra de los Dedos de Rosa, nieta del cacique sin mando Xicontenatl, por la peste causada por una invasión del mismo pirata. El odio. Tan cercano, a veces, al amor.

Una tarde, paseando por los caminos de las Torres con Daniel Cortezón, que también nos dejó hace casi dos años, fantaseando ambos con la historia como ese extraño bosque en el que todo sucedió pero todo sigue sucediendo, vislumbré por fin la manera de contar la verdad inventando. Cortezón, autor de dramas históricos, opinaba lo mismo: inventar es subrayar lo no inventado, la verdad real, la que no puede ser apresada por la frialdad de los datos. La que hace definitivamente humanos los nombres. La mentira verdadera.

Y así nació Jovino. Necesitaba de él, un espíritu joven que se rebelara contra el frío, el hambre, la miseria y la superstición, y sobre todo contra la guerra, alguien que fuera capaz de ver el enfrentamiento entre los dos imperios con los ojos del corazón, y a los dos marinos sin embalsamar, vivos, contradictorios, enormes ambos: humanos. Un contemporáneo que sembrara en la mente del almirante asturiano un chispazo de imaginación, que le alejara de las órdenes estrictas, del *deus ex machina* de la marina real. Puesto que lo que quería recuperar no era el dato histórico, frío y sin alma, sino la vida que contenía, qué mejor que ofrecérselo a los jóvenes. Hacer humanos no solo a Sancho Pardo y Francis Drake, sino también a María Pita, a los frailecillos que luchaban en América contra su propia contradicción, a los propios indígenas que sufrieron a ambos imperios. Jovino fue mi manera de ofrecer a los jóvenes lo que es suyo: la vida. Podía haberle dado a esta novela un aire formal y académico. Pero preferí seguir moviéndome en mi terreno de juego, incardinar la novela en una colección para jóvenes, imaginarme a mí mismo con dieciséis años al lado de Don Sancho o de Francis Drake, para que mi corazón latiera en su pecho, y también para que el de Jovino latiera en el pecho de un lector adolescente. Porque imaginar una vida no es traicionar a la historia, sino hacerla más humana, subrayarla, llenarla de lágrimas y de risas, de gozo por la vida y angustia ante la muerte.

Para un novelista, aun cuando imagina vidas, la verdad de fondo es inmutable. No es posible salvar a Julio César de la puñalada letal, ni a Roma del incendio de Nerón, ni a la Armada Invencible de su fatal galerna. Pero el novelista puede explicar los porqués mejor que el pergamino. Lo sucedido en San Juan de Puerto Rico, el 13 de noviembre de 1595, es incontestable como hecho histórico: la flota inglesa, comandada al alimón por John Hawkins y Francis Drake, fue derrotada porque no supieron prever que la defensa de Puerto Rico era casi infalible. Sancho Pardo y Gonzalo Méndez-Cancio, habían preparado una trampa perfecta. La historia, la que se escribe con datos y no con

pensamiento humano, nunca nos podrá decir si esa trampa perfecta fue fruto del azar o de algún plan. Por poder, pudo ser una partida de ajedrez concebida por el propio Sancho Pardo, o tal vez por Gonzalo Méndez-Cancio. Ambos habían demostrado audacia y estrategia en el pasado, uno en la novelesca conducción de Don Juan de Águila burlando todas las defensas inglesas, el otro en numerosas singladuras, o imaginando que aquel exótico maíz que se cultivaba en América podría calmar el hambre de España.

O pudo haber otro actor, un alguien genial y anónimo que, asomándose al tablero, le dijera a Don Sancho la palabra mágica: enroque. Y ese alguien más fue mi elegido, porque en la España de negro, la España doliente que cargaba sobre sus espaldas un destino de derrotas y decadencia, una estrategia así me resultaba poco plausible en la mente de Don Sancho. Jovino es, por el contrario, un espíritu libre, que ha conocido la maquinaria de ambos sistemas y su afilada cuchilla. Y tiene no uno, sino dos móviles para urdir el plan que lleva a Drake a su último, definitivo fracaso, persiguiendo su sueño, tantas veces esfumado: capturar la plata, el mítico tesoro español. Lo persiguió por mar y por tierra, lo rozó, pero murió sin conseguirlo; así que ningún pescador podría dejar de pensar que la plata americana era el mejor cebo posible para hacerle morder el anzuelo. La minuciosa defensa de San Juan con la construcción del Morro y su dotación de baterías, que no dejaban apenas un centímetro libre de su fuego en la Bahía, es en efecto un enroque: los peones por delante, el Rey protegido por la torre, la caballería presta, y el alfil, don Gonzalo Méndez de Cancio, venteando al enemigo, anticipándose a su ambición. Por aquel entonces, un directo descendiente de Méndez de Cancio, Javier Cancio, me permitió leer un documento que sería vital, en el que el marino relata cómo una fragata de Drake aborda a una de la flotilla del propio Méndez y se hace con un documento que prueba que Sancho Pardo se ha refugiado en San Juan después de una galerna, con el cargamento de plata que tanto había buscado el corsario inglés. Y que ilumina un punto oscuro de la historia real: Don Sancho se demoró en Puerto Rico mucho más de lo necesario para reparar su flota. En lugar de hacerlo rápidamente y partir, decide constituirse en Gobernador de Puerto Rico, fortifica el Morro, lo dota con la mejor artillería, y espera el ataque de Drake: enroque. Sin duda, sabía que Drake y Hawkins, cuyas órdenes eran atacar Maracaibo, iban a morder el anzuelo. ¿Azar, o estrategia? Estrategia, sin duda, como prueba el testimonio de Gonzalo Méndez de Cancio. Hay aquí una de esas grietas en la historia, que solo pueden ser rellenadas por humanidad. Alguien, en aquel momento, fue capaz de intuir que Drake iba a

desobedecer las órdenes de la reina inglesa, atacando Puerto Rico para hacerse con la plata. Drake venía de un largo confinamiento en su Tavistock natal, porque también en La Coruña había desobedecido las órdenes reales. Después de alcanzar el perdón de la Reina, volver a desobedecer sin conseguir el éxito, era su final. Sancho Pardo supo preverlo, sin duda alguna lo predijo. ¿Cómo? En la historia, y sin datos, nada más que no esté probado se puede aventurar. En la novela, sí. Y en esa opción puede anidar la verdad profunda.

Y ya que la novela imagina donde la historia calla, ¿cómo era Don Sancho, cómo pudo ser? De Drake hay abundantes descripciones, incluso retratos: jovial y decidido, alegre y lujoso de ropa, pendientes en las orejas, pelo rojo, tan rojo como el brillo de su mirada peligrosa. Pero, ¿y don Sancho?: No hay retrato alguno (perdón si insisto: al igual que no hay estatua ni placa de calle en su propio pueblo). Así que no tuve otro referente que su undécimo nieto, el que entonces habitaba las Torres de Donlebún y llenaba su patio de armas de extrañas y alucinadas esculturas, mitad inertes, mitad vivas: sus “Captus”, objetos ya inservibles readmitidos en la vida. José Trenor Pardo de Donlebún. Tenía, tendrán para siempre en mi corazón José Trenor y su undécimo abuelo, un rostro que me remite al José de Arimatea de tantas tallas y pinturas: nariz larga y recta, cejas tristes, expresión doliente. Piel ligeramente rosada, ojos grises. Y si así veía yo a Don Sancho, así le vio Jovino. Y si así era, también don Sancho podría ser el lejano predecesor en el cultivo de cactus en extraños objetos. Ese es el don Sancho de la novela, el que llena de humanidad el espacio vacío de las fechas y los pergaminos.

Lo demás, el amor, la amistad, la traición, forma parte de lo imaginado. ¿Pero es que los actores del drama de Bahía de Cabrones no eran humanos? Amaban, buscaban la amistad, enfermaban, sufrían el desconsuelo de la muerte, gozaban y sufrían, en vidas tan largas como las nuestras. Alguno de ellos vivió aquí mismo, respiró este mismo aire, contempló los atardeceres de la Linera o del Mondigo como nosotros, construyó, amó, engendró hijos que extienden sus manos hasta nuestros días, pensó en el futuro.

A menudo me abismo en una contemplación dolorosa de los rostros de fotos antiguas, como todas las que atesora Ovidio Vila. No puedo dejar de mirar esos rostros, porque sus imágenes son apenas un segundo de existencia, fantasmas de lo que fueron, pero detrás de cada uno de ellos hay una vida completa. Y esa vida, por anónima que fuera, fue tan importante para cada uno de ellos como lo es para nosotros la nuestra.

Más aún: sus vidas influyeron en la mía, en la nuestra. Nadie puede saber qué cadena de pequeños acontecimientos liga la vida de esos anónimos fantasmitas de una escuela con la nuestra, cómo la condicionó. También la de Don Sancho, pero no por los grandes hitos que protagonizó, o no solo. Es verdad: no podemos prever el futuro, pero existe. Nosotros somos el futuro del pasado. La construcción de urcas en La Linera por parte de Don Sancho y de su padre, Arias Pardo, devastó los inmensos robledales de los Oscos y transformó así nuestro presente, pero también trajo a muchos forjadores vascos que están en nuestro pasado, sin los cuales muchos de nosotros no estaríamos en esta sala. La historia nos hace posibles, nos hace reales, somos el futuro de aquel pasado remoto, y es honrado ver a la historia así, como parte del presente, y a nosotros como parte del pasado y el futuro. Y honrar a la historia, o traicionarla. El legado de Sancho Pardo Osorio, Las Torres de Donlebún y el Palacio das Figueiras, fueron honradas por sus descendientes, hasta llegar a Rosario Pardo de Donlebún y su marido, el poeta Leopoldo Trenor Palavicino. Ambos, juntos, reconstruyeron los dos edificios a principios del siglo XX. Fue el canto del cisne de una estirpe. La historia se escribe también con pequeños gestos de fidelidad, restaurando, o simplemente poniendo losas o cristales. Y se borra vendiendo el patrimonio, la historia familiar con mezquindad, y con nocturnidad, sin dar siquiera la oportunidad a otros de la misma sangre de igualar una oferta. No me extenderé en este final de la estirpe, no quiero morir de melancolía también, recordando que he tenido que ver cómo los pasos largos de Don Sancho llegaban a su final a cambio de un poco de dinero, ni siquiera mucho. También para borrar la historia hay que tener grandeza, y el inmenso legado de sangre y de almas de Don Sancho, no merecía un final así.

No reivindico como el bueno de Emilio González un monumento: que se sepa, los monumentos no hablan, no parecen siquiera sentir. Tal vez un carballo con el nombre de Don Sancho. Pero mejor aún, que José Luis Pérez de Castro hiciera un último esfuerzo para escribir un libro en el que Sancho Pardo de Donlebún cobrara vida de nuevo a la luz de los escritos que no se perdieron, ni con el incendio ni con la venta. Solo él puede hacerlo, porque lo que no tengo más remedio que llamar “mi librito”, por más hermoso que sea su título, no lo ha logrado.

Una última reflexión, dolorosa y al mismo tiempo esperanzada. Escribir sobre la historia es hacernos perennes, no morir del todo nunca. Ya se habrán dado cuenta, a

medida que desgranaba esta historia sobre la historia: soy ya casi el único superviviente del empeño de escribir la biografía de Don Sancho. Lo somos, José Luis Pérez de Castro y yo. Murió hace más de cuatro siglos Don Sancho, quién sabe cómo. Murió de melancolía Francis Drake. Murieron Pepe Fernández-Arias y Emilio González con las hebras del cabello de Don Sancho prendidas a las púas de sus peines de investigador, murió el abuelo Leopoldo perplejo ante la hoguera, y murió el tío José llevándose el secreto de sus Captus y de la metódica desconstrucción de las casas de su propia historia. Murió mi madre, que no llegó a leer esta novela que hubiera querido tener en su biblioteca. Pero todos están, estamos vivos en el empeño. Evoco ahora ante mí sus rostros como contemplo las fotos de las escuelas de Ovidio Vila, y siento su latido en lo más hondo del corazón: todos en el mismo instante, resistiéndose ser borrados por el paso del tiempo, todos exaltados por la vida, y todos debilitados por el arma indetectable de la melancolía.

Y viene a mi memoria el monólogo final de Gabriel Conroy en “Los muertos”, de James Joyce.

“Piensa en todos los que alguna vez han vivido, desde el principio de los tiempos. Y en mí, transeúnte como ellos. Fluctuando también hacia su mundo gris, como todo lo que me rodea. Este mismo sólido mundo, en el que ellos se criaron y vivieron, se desmorona, y se disuelve. Cae la nieve. Cae sobre ese solitario cementerio, en el que Michael Furey yace enterrado. Cae lánguidamente en todo el universo, y lánguidamente cae, como en el descenso de su último final, sobre todos los vivos, y los muertos.”

No tenía razón Joyce en su pesimismo, y lo más hermoso es que lo sabía. Sabía muy bien que con su relato luchaba contra ese desmoronamiento, esa disolución de los muertos. Y lo logró, lo logra cada vez que un joven abre “Dublineses” y lee el relato “Los muertos”. Michael Furey, Sancho Pardo vuelven a vivir si alguien lee.

Leer es vencer a la muerte.

Muchas gracias.